

PRÓLOGO

JESÚS PÉREZ MIMBRERO
Instituto teológico de Badajoz

El sacerdote y periodista pacense Antonio Aradillas publicaba en el diario extremeño *HOY*, en Julio de 1961, en un tono divulgativo, una página con el sugerente título: “Silíceo, maestro de ascética”.

No carecía de interés esa reivindicación de la figura del cardenal de Villagarcía de la Torre (Badajoz), toda vez que ha caído excesivamente sobre él la losa de ser el intransigente maestro de Felipe II, que, en parte, la leyenda negra se encargó de agravar. Asimismo sus dotes de matemático y sus conocimientos de Lógica, que le llevaron a la universidad de Salamanca, han podido dar de él la imagen de una persona calculadora y fría. Añadamos a esto su conocido *Estatuto de limpieza de sangre* y tendremos una imagen incompleta de su personalidad.

Tampoco su natural áspero y su carácter firme y duro, que no supo pulir, como lo hizo con su apellido de Guijarro, al latinizarlo por el de Silíceo, ni su prestancia como gran señor del Renacimiento podría invitarnos a descubrir en las obras que trataban los asuntos antedichos un alma delicada.

Tal vez no han estado al alcance de todos sus obras espirituales, que le podrían haber hecho más cercano al lector de hoy y haber apreciado en él una dimensión diferente.

Bien es verdad que algunas de sus obras de este género fueron traducidas por Ramón Riu y Cabañas con el título *Opúsculos marianos del cardenal Silíceo*, en 1891, y publicadas por la Academia Bibliográfica Mariana de Lérida. Sin embargo, la que considero más importante *El divino nombre de Jesús*, junto con la *Exposición de la plegaria del Señor*, no han sido accesibles a cualquiera, no ya en castellano, sino ni siquiera en latín.

Fue esto lo que me movió a realizar este trabajo. De esta manera deseaba contribuir a ofrecer al lector esa faceta ascética, y diría también mística, de Juan Martínez Guijarro dejándole hablar a él mismo, faceta que podría parecer extraña a quien tenía que preocuparse más de los asuntos del gobierno de una archidiócesis como era la primada de las Españas. Fue precisamente en la ciudad de Toledo, en los últimos años de su vida, donde dio a luz las tres obras que presentamos, de las cuales, sin duda ninguna, es la de *El divino nombre de Jesús* la más significativa y, creo, síntesis de su pensamiento religioso y humanista.

Juan Martínez Silíceo se inserta de lleno en un jugoso período de corrientes espirituales en España, el Siglo de Oro, y así recibe una herencia importante de sus predecesores, que, por citar a algunos que vivieron próximos a su tierra natal, viene de Pedro de Alcántara y de Juan de Ávila, y luego llega hasta Teresa de Jesús, conocedora del Colegio de las Doncellas de Toledo, fundado por Silíceo, al que la santa cita en sus cartas (8, 21; 50, 4; 226, 12). Silíceo, al escribir estas obras, parece, más bien, querer hacer algo distinto, objetivo y práctico; es lo que sugiere la dedicatoria al príncipe Felipe de la *Exposición de la plegaria del Señor*: “Para que entiendas qué cosas hay que pedir a Dios y de qué modo puedes merecer”.

Por lo que se refiere a las obras que aquí ofrezco, tenemos noticias de que fueron traducidas y editadas en castellano por un criado suyo, pero no sabemos su localización ni si, tal vez, existen actualmente. Solo por lo que se refiere a la *Exposición del saludo del ángel* podemos decir que fue traducida, junto con la *Exposición del divino cántico Magnificat* y la *Exposición de la Salve Regina*, que no se incorporan a nuestro trabajo, dentro del título general del mencionado *Opúsculos marianos del cardenal Silíceo*. Esas traducciones de Riu y Cabañas pueden ser consultadas en internet. De la *Exposición del saludo del ángel* he querido hacer la propia traducción para

presentar juntas las tres obras de este volumen, tal como aparecen en el original que me ha servido de base para esta traducción, el publicado en Toledo, en 1550, según el ejemplar conservado en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.

En cuanto al método a seguir, he pretendido hacer la traducción ajustándome, lo más fielmente posible, dentro de un buen castellano, a la estructura gramatical latina. Se conservan, pues, los períodos oracionales subordinados completos, aunque resulten largos, en lugar de un estilo más entrecortado, que facilitaría tal vez la lectura al lector actual.

A veces he utilizado el *Diccionario universal latino español* de Manuel Valbuena, en la edición de 1819, para ajustar la traducción a unos términos más arcaicos y más cercanos al autor, aunque siempre aceptados por el *Diccionario de la Lengua Española* de la R.A.E., en su edición de 1992.

En la transcripción del texto latino no he seguido evidentemente ni el número ni la posición en la frase de los signos de puntuación del original, sino que los he adaptado a las normas actuales. Los términos abreviados, frecuentes en las ediciones de la época, los he explicitado.

Frecuentemente, el texto latino fluctúa en la grafía, sobre todo de los diptongos, escribiendo *e* por *ae*, o *ae* por *oe*; o bien, escribiendo *ci*, cuando va seguido de vocal, en lugar de *ti*, o en la asimilación de ciertas consonantes. En estos casos he respetado el original solo cuando es aceptado por el *Dictionnaire illustré latin français* de F. Gaffiot, de 1980, que me ha servido de norma para este fin. Solo no he seguido este diccionario en el uso del signo *j* en la palatal, que siempre lo he sustituido por la *i*.

Para conocer la biografía de Silíceo y sus obras, además de las entradas directas en internet por el nombre del autor, es útil tener en cuenta la siguiente bibliografía:

Diego de Castejón y Fonseca, *Primacía de la Iglesia de Toledo*, 3ª. Parte, 1645.

José Fernández Montaña, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, 1891.

Cartas de don Juan de Zúñiga a la condesa de Palamós, ed. por José M. March, en "Niñez y juventud de Felipe II" (Carta 2 de Enero de 1535, t. I).

Ludwig Pfandl, *Felipe II*, c. IV, ed. Áltera, 2010.

William T. Walsh, *Felipe II*, c. II, Espasa-Calpe, 1949.

Francisco de Pisa, *Descripción de la imperial Iglesia de Toledo*, LV, c. XXII, 1617.

Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova*, 1672.

Juan Ginés de Sepúlveda, *De rebus gestis Caroli V*, t. II, lib. XIX, c. IV; y lib. XXIII, c. III, 1780. También en *De rebus gestis Philippi II*, 1780.

Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, t. I, lib. I, c. 1, 1619.

Juan Martínez Silíceo, *Cartas al emperador*, en Simancas, Estado, Castilla Leg. 30, fol. 174; leg. 34; leg. 38, fol. 261, 264 y 265; leg. 50; leg. 60, fol., 183; leg. 62, fol. 12, 14, 15, 16, 17, 19; leg. 68, fol. 367-368.

Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, lib. XXVI. Madrid, 1955-1956.

Francisco Ruiz de Vergara y Alava, *Historia del colegio viejo de S. Bartolomé*, 1766-1770.

Gil González Dávila, *Theatro eclesiástico de Murcia*, f. 320, 1578-1658.

Ambrosio de Morales recoge discursos de Fernán Pérez de Oliva, discípulo de Silíceo en París.

En la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. I, p. 151-152: "Nombramiento de D. Juan Martínez Silíceo como arzobispo de Toledo", 1842.

En la misma Colección, t. III: "Relación del recibimiento que se hizo a D^a. María, infanta de Portugal". 1843.

Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, "Los instrumentos del estado". p. 267, Madrid, Espasa, 2006.

Espero que estas obras sirvan no solo de divulgación de la figura de Silíceo, sino también de provecho espiritual para los lectores.